

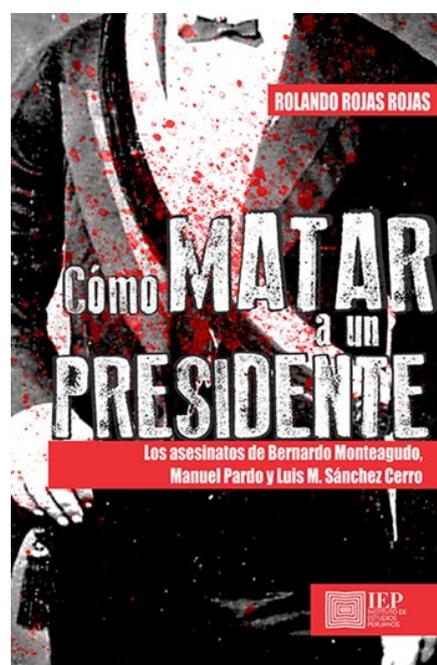
Rolando ROJAS ROJAS: *Cómo matar a un presidente.*
Los asesinatos de Bernardo Monteagudo, Manuel Pardo y
Luis Miguel Sánchez Cerro, Lima, Instituto de Estudios Peruanos,
 2018, 170 pp., ISBN: 978-9972-51-698-6.

Gonzalo Zavala Córdova
Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Una revisión a la muerte en la política peruana

La primera impresión que se tiene al leer este libro es que nos encontramos frente a un ejercicio de lectura de la política peruana. Yendo más allá del título, que se asemeja al de un manual, observamos que el autor ha tomado a tres actores de la historia política peruana y ha analizado las circunstancias, causas y consecuencias de sus muertes para así construir una interpretación de la política nacional que vaya más allá de la construcción del Estado republicano y de las investigaciones sobre imaginarios y discursos políticos. Así, sin ser directamente su intención, el texto de Rojas abre una veta casi inexplorada en los estudios sociopolíticos peruanos: el análisis de los asesinatos políticos.

Para lograrlo, el autor repasa la trayectoria política de los tres personajes que analiza, desde sus orígenes hasta los sucesos ocurridos tras sus muertes, así como las consecuencias sociopolíticas de dichos eventos al corto y largo plazo. Ese recorrido por diversos hechos históricos logra ubicar a estos actores en el contexto en el cual fueron vistos como una amenaza por parte de distintos grupos políticos, los cuales vieron su eliminación física como la manera más pragmática de resolver los conflictos que generaban. De esta manera, Rojas usa como una excusa la reconstrucción de estos itinerarios vitales para hacer una revisión general de las dinámicas políticas del país y cómo estas fueron modificándose a través del tiempo. En ese sentido, Monteagudo representó una amenaza directa a la posición republicana y liberal de los criollos peruanos en pleno proceso inicial de reconfiguración del Estado



post-independencia;¹ Pardo, ex presidente del Perú y en ese momento presidente del Senado, personificaba a la burguesía mercantil conservadora del país enriquecida por las exportaciones de guano, en las vísperas del conflicto bélico con Chile;² mientras que Sánchez Cerro, quien había logrado la presidencia tras un golpe de Estado y un proceso electoral singular por decir lo menos, se convirtió no sólo en representante de los grupos conservadores y filofascistas peruanos, sino que fue el iniciador de la política de represión y exclusión de los partidos opositores (especialmente al Partido Aprista Peruano), signando de esa manera buena parte del siglo XX del Perú.³

El libro en sí mismo se divide en tres grandes capítulos, uno por cada personaje analizado. El orden de presentación mantiene la cronología de los sucesos, tanto en la introducción como en el análisis interno de los hechos. Con ello, Rojas consigue que el texto se vuelva accesible a cualquier tipo de público, si bien es cierto que por momentos este tipo de reconstrucción se vuelve un tanto cansina debido a la abundancia de datos, fechas y eventos. Asimismo, la reintroducción de la violencia (en su forma de asesinato) al debate historiográfico como herramienta política sirve para repensar las formas en las que la sociedad peruana (y las latinoamericanas en general) fue construida, así como las múltiples formas en las que la modernidad política nacional se fue asentando, especialmente durante el largo siglo XIX.

La crítica más fácil y rápida que puede hacerse a este texto es que, si somos precisos, únicamente uno de los tres personajes estudiados fue muerto siendo presidente: Monteagudo nunca alcanzó ese cargo y nada apunta a que haya tenido intención de tenerlo. El máximo puesto político que obtuvo en el Perú fue el de Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores y, tras la salida de San Martín del país en 1822, perdió rápidamente el poder y la influencia que tuvo, viéndose obligado a exiliarse por un tiempo. Incluso a su regreso, de la mano de Bolívar, nada decía que pudiese volver a tener la preponderancia que había tenido años antes. De la misma manera, y si bien

¹ Sobre la posición de los criollos peruanos frente al nuevo orden social al que se enfrentaban ver el libro de Rolando ROJAS: *La república imaginada. Representaciones culturales y discursos políticos en la época de la independencia*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2017; así como Natalia SOBREVILLA: “La nación subyacente: de la monarquía hispánica al Estado en el Perú”, en Carlos CONTRERAS y Luis Miguel GLAVE (eds.), *La Independencia del Perú: ¿Concedida, conseguida, concebida?*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2015, pp. 399-425; y Carmen McEVOY: “De la República imaginada a la República en armas: José Faustino Sánchez Carrión y la forja del republicanismo-liberal en el Perú, 1804 – 1824”, en Carlos CONTRERAS y Luis Miguel GLAVE (eds.), *La Independencia del Perú: ¿Concedida, conseguida, concebida?*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2015, pp. 355-373.

² En el Perú del siglo XIX se vivió un fenómeno sociopolítico particular de modernización “tradicionalista”. Para un análisis profundo sobre el tema y sus implicancias en la cultura jurídica del siglo XIX y de la parte inicial del XX ver el libro de Fernando de TRAZEGNIES: *La idea del derecho en el Perú republicano del siglo XIX*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1980.

³ Quien más a profundizado sobre la construcción del fascismo en el Perú y su desarrollo político ha sido Tirso MOLINARI: *El fascismo en el Perú. La Unión Revolucionaria 1931–1936*, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2009 e Íd: *Dictadura, cultura autoritaria y conflicto político en el Perú (1936 – 1939)*, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2017.

había ocupado ya la presidencia una vez, al morir Manuel Pardo era presidente del Senado y, aunque todo apuntaría a una posible reelección futura, en ese momento su influencia, si bien grande e importante, era limitada. Las investigaciones que se realizaron tras su muerte parecerían indicar que esta fue producto de un complot para evitar la consolidación del Partido Civil, pero nunca se llegaron a saber las verdaderas razones sobre su deceso. El caso de Sánchez Cerro también es particular, pues tras el golpe de Estado que dio contra Augusto B. Leguía en 1930 encabezó una junta de gobierno hasta mayo de 1931, para ser elegido presidente por medio de elecciones en octubre de ese año, convirtiendo su caso en una situación bastante peculiar. En ese sentido, el autor evita discutir esa complicación histórica evidente y no responde (ni se plantea) cuál sería el criterio para considerar y/o analizar asesinatos en la historia política de cualquier sociedad, aunque sí menciona brevemente que estas muertes responderían al «temperamento de la época» y a prácticas reiteradas, deseos públicos y sueños reprimidos, aseveración bastante superficial y reduccionista.⁴

Si bien somos conscientes de las intenciones y de los límites que plantea el autor respecto a su texto, consideramos que este habría sido muchísimo más rico si se hubiese discutido lo antes mencionado y, además, se relacionara con otras investigaciones que se ocupan de asesinatos (sean políticos o no) y cómo estos impactaron en sus sociedades.⁵ La historiografía sobre la muerte de “personajes clave” y su repercusión en la sociedad brinda suficientes claves como para profundizar en las discusiones sobre la relación entre el poder político, los cambios institucionales y la conmoción social producto de esas muertes. Asimismo, la historia latinoamericana contemporánea se ha caracterizado por su violencia y por las muchas veces contradictorias relaciones entre el Estado, la sociedad y la represión del accionar violento, producto esta última de los enfrentamientos de los dos primeros la más de las veces. Como consecuencia, el análisis de los asesinatos políticos se vuelve un espacio más que importante para poder comprender mejor la manera en la que el entramado social, en este caso latinoamericano, va conformándose a través del tiempo.

Nos encontramos con un texto que si bien cumple con aquello que promete realizar, pierde la oportunidad de dialogar con otras tradiciones historiográficas y de profundizar en el examen de la sociedad en la que ocurrieron aquellos hechos. El texto no

⁴ Rolando ROJAS ROJAS: *Cómo matar a un presidente. Los asesinatos de Bernardo Monteagudo, Manuel Pardo y Luis Miguel Sánchez Cerro*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2018, p. 161.

⁵ Si bien no es abundante, existen muchos trabajos que se ocupan del análisis de muertes violentas y su relación doble con la sociedad en la que se produjeron y con las autoridades políticas vinculadas a ellas. Ver por ejemplo el libro de Sandra GAYOL y Gabriel KESSLER: *Muertes que importan. Una mirada sociohistórica sobre los casos que marcaron la Argentina reciente*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2018. En otro sentido, pero muy cercano al texto de Gayol y Kessler, el historiador francés Iván Jablonka analizó el asesinato de una modelo francesa, Laëtitia Perrais, quien fuera violada, asesinada y descuartizada, y cómo esta muerte sirvió como herramienta para las disputas políticas francesas. Ver Iván JABLONKA: *Laëtitia o el fin de los hombres*, Barcelona, Anagrama, 2017.

cuenta con un cierre que soporte la construcción argumental y la discusión bibliográfica final, bastante corta en realidad, no termina de enriquecer la investigación. Sin embargo, a pesar de lo señalado, el libro de Rolando Rojas puede servir como portal de ingreso para el público interesado en temáticas históricas y al cual la academia no suele tomar en cuenta.